



**CANARIAS EN LOS LIBROS DE VIAJES FRANCESES
DEL SIGLO XVIII, EN ESPECIAL
LOS DEL ABBÉ PRÉVOST**

ÁNGEL LOSADA

Hacia el año 1745, ciertos intelectuales ingleses crearon el proyecto de publicar una «Colección» completa de todas las relaciones de viajes hasta esa fecha publicadas, en todas las lenguas de Europa.

Los principales cimientos de su edificio eran tres voluminosas recopilaciones ya existentes en lengua inglesa: la de Hackluit, la de Purchass y la de Harris.

Los promotores del citado proyecto inglés unieron, como fundamento de su obra, las relaciones ya publicadas de otros viajeros: franceses, holandeses y españoles, que tradujeron al inglés.

Este proyecto llegó a oídos del famoso novelista francés, el *Abbé Prévost*¹.

Prévost consideró que el plan inglés sería útil para los pueblos de lengua y cultura francesas y bien acogido por éstos.

Así, de acuerdo con los ingleses, concibió el plan de traducir al francés el original inglés, a medida que éste era publicado en Londres. Prévost dio a su obra el título de «*Histoire Générale des Voyages*»².

Nada amedrentado por la inmensidad y dificultad del trabajo, Prévost se comprometió a publicar su traducción francesa y a publicar cada seis meses un volumen en cuarto, de setecientas a ochocientas páginas. Lo que no deja de causar admiración es que mantuvo su palabra: los seis primeros volúmenes aparecieron en el transcurso de tres años, sin que la prodigiosa multitud de grabados, de indudable belleza, y el número de mapas sirviesen jamás de pretexto para el más mínimo retraso de la nueva publicación.

Verdad es que Prévost recibió, para la realización de su proyecto, toda clase de ayudas y alientos. Así, contó especialmente,

con el apoyo del Conde de Maurepas y del Canciller d'Aguesseau, quienes inmediatamente reconocieron la utilidad y el mérito de su trabajo.

El geógrafo de la Marina Francesa, Bellin, fue encargado de realizar las numerosas cartas geográficas; y el célebre Cochin, de preparar los numerosos grabados incluidos en los volúmenes, que son verdaderas obras maestras.

La obra de Prévost se extendió inmediatamente con gran éxito por toda Europa, y fue una de las principales fuentes en que bebieron los grandes filósofos de la Ilustración, entre ellos, Voltaire y Rousseau, muy especialmente cuando se refieren a la conquista y colonización de América.

Los autores del proyecto inglés pronto se quejaron de no recibir del gobierno inglés el apoyo que el traductor Prévost recibía del Gobierno francés.

Por aquel entonces, el estallido de la Guerra de Sucesión de España era el objeto único de todas las preocupaciones del Gobierno inglés; y ya fuera que los autores ingleses topasen, para continuar su proyecto, con dificultades sin cuento, que continuamente se les presentaban y que ellos no habían previsto, al lanzarlo; ya fuera que el idioma francés, más extendido entonces que el inglés, brindase a la traducción francesa de Prévost una acogida mucho mayor que la obra original; el hecho fue que los redactores ingleses comenzaron a sentirse agobiados bajo el peso de una empresa, en la cual los beneficios no estaban en proporción con el trabajo realizado. Así, después de publicar el séptimo volumen, abandonaron definitivamente el proyecto.

El Abbé Prévost que ya en varias ocasiones se había permitido criticar los vicios y defectos de redacción del proyecto inglés, aprovechó el abandono definitivo de éste, para criticarlo con más libertad y expresar sus quejas por haberse visto sometido a un plan tan defectuoso. Llegó hasta lanzar el reproche de que «los ingleses no saben hacer un libro», afirmación un tanto gratuita y desmedida que los propios ingleses palmariamente han desmentido.

Ahora bien, el infatigable compilador Prévost, aun reconociendo los defectos del método por él seguido, no tuvo más remedio que reconocer y anunciar la necesidad de seguir adoptando dicho método en la continuación en lengua francesa, de la obra abandonada por los ingleses. En lo sucesivo, el peso de tales obras caería ya exclusivamente sobre sus hombros. La máquina estaba ya montada





y hubiera resultado sumamente costoso el reconstruirla o simplificarla. Por otra parte, el cambio de forma en los volúmenes subsiguientes sólo hubiera servido para desacreditar a los primeros volúmenes (ingleses).

Prévost continuó, pues, la ruta marcada desde el comienzo y así llegó hasta el volumen 16, con el que por su muerte ponía fin a su obra, que fue por otros continuada.

Jean François La Harpe, quien, como veremos, llevó a cabo un muy meritorio compendio, lógicamente organizado, de esta obra, achaca, con razón, a Prévost que no brinde a los lectores un hilo conductor que pudiese guiarlos a través de los tortuosos e innumerables senderos de este vasto laberinto en que el autor con sus lectores se encontraba atrapado.

En efecto, basta preguntar a quienes hayan hojeado esta enorme compilación, por otra parte de tan rico contenido y que hubiera podido resultar sumamente instructiva y agradable, que nos den su juicio sobre la misma. Todos nos dirán que la obra se les ha caído de las manos, y quienes han insistido en leerla la consideran como un libro más de consulta que para ser leído de un tirón. No obstante, ¿qué obra más susceptible de una lectura seguida y agradable que una relación de viajes?

¿Cuál es, pues, la causa de que esta compilación, por otra parte tan interesante, resulte en su conjunto tan fastidiosa y difícil de leer?

He aquí, a juicio de La Harpe algunos motivos:

1º. Falta total de selección y sobriedad en la elección y empleo de los materiales. Todo es utilizado indistintamente; y para un viaje verdaderamente digno de atención, para algún detalle interesante, hay muchos más párrafos que no contienen más que aventuras comunes, puntos de vista superficiales, descripciones repetidas. Se han acumulado unos sobre otros simples «diarios de navegación», que solamente nos enseñan que «tal día» se partió de «tal lugar» famoso, para llegar a otro que no lo es menos; que se vieron peces volantes; que soplaba tal viento etc.

Tal profusión de circunstancias puramente náuticas, acumuladas y repetidas hasta la extrema saciedad, resulta útil, sin duda, para constituir un depósito de conocimientos náuticos; pero como la mayor parte de los lectores no tiene ni la necesidad ni la curiosidad de tales detalles, de tipo marítimo, éstos no sirven sino para rellenar

inútilmente volúmenes ya engorrosos y dan al lector ocasión de desagrado y aburrimiento.

2º. La compilación del Abbé Prévost carece en absoluto de orden y método. Siguiendo la distribución general de Africa-Asia-América, el autor no ha tenido otra idea sino la de acumular *pêle-mêle* todos los viajeros que han hablado del mismo país, de suerte que el lector se ve obligado a pasar varias veces por el mismo lugar sin aprender nada de nuevo y sin que el autor se haya preocupado de evitarle fatigosas repeticiones, de conciliar molestas contradicciones, ni de señalar la sucesión de fechas y acontecimientos. El resultado final es una confusión general de hechos, épocas y personajes.

3º. Aunque la prosa de Prévost se caracteriza, en general, por su fluidez y naturalidad, concretamente el estilo de este libro está absolutamente falto de interés y variedad. Los acontecimientos más grandiosos se nos cuentan en el mismo tono que los más comunes. Los autores o el traductor no se elevan jamás con el tema que tratan. No encontramos en las narraciones ninguna reflexión fina y profunda, ningún rasgo de sensibilidad. La elocuencia y la filosofía no parecen tener acogida en esta vasta obra.

La Harpe se propone, pues, ofrecer al público la obra de Prévost en forma reducida y agradable, respetando el contenido. Así, por ejemplo, en nuestro caso concreto de las *Islas Canarias*, todo cuanto en forma dispersa y un tanto repetitiva aparece en la voluminosa obra de Prévost, lo recoge La Harpe en el capítulo II del Tomo I, enriquecido con un mapa de las Islas y un precioso grabado de las *cuevas sepulcrales* de los Guanches.

Notable ha sido su eliminación de los textos superfluos de la obra de Prévost. Así los 21 tomos en 4.º del texto de éste han quedado reducidos a 21 tomos en 8; y eso que en su «Abrégé» La Harpe ha añadido también los compendios de libros de viajes aparecidos después de la muerte de Prévost, hasta el comienzo de la edición del citado «Abrégé» en 1780, (especialmente los de Bougainville y Cook)³.





Viaje a las Canarias. Descripción de estas Islas

Aparece, como ya dijimos, este texto en el capítulo II del Tomo I del «Abrégé de l'Histoire Générale des Voyages de l'Abbé Prévost», par M. De La Harpe. París, 1780.

En la página 164, La Harpe nos da algunas de las fuentes en que se ha inspirado: Linschoten, Bekman, Sprat, Duret, Edmond, Scory, Cadamosto, y sobre todo el inglés Nicols «que permaneció 17 días en Canarias».

Son especialmente interesantes los detalles que nos brinda sobre los primitivos «Guanches», recogidos de las relaciones de Le Chevalier Richard, Hawkins, Sprat y Cadamosto.

Sobre el famoso «Pic de Ténérife» nos da detallada descripción, recogida en fuentes anteriores (Linschoten y Atkins). Nos brinda así mismo la relación de una ascensión al Pico de unos mercaderes ingleses en 1652.

Trata con cierta extensión el tema de los «productos» de las Islas, muy especialmente el vino y el azúcar. Sus principales fuentes son Jakson, Le Maire y Linschoten.

Al fin de la narración sobre Canarias y «dado que algunos geógrafos sitúan a Madera dentro de las Canarias», La Harpe nos brinda una descripción detallada de las Islas Madera.

El *gran mérito* de este capítulo de La Harpe sobre las Islas Canarias es el habernos brindado en resumen buena parte (si no todo) cuanto anteriormente los «viajeros» escribieron sobre las mismas.

Comienza La Harpe exponiéndonos la viva pugna entre portugueses y españoles a propósito de la gloria del primer descubrimiento. «Los portugueses —dice— pretendían haberlas reconocido con ocasión de sus viajes a Etiopía y a las Indias Orientales. Pero parece más cierto que este conocimiento se debe a los españoles. Nadie puede impugnar el hecho de que los españoles fueron los primeros en conquistarlas».

Los insulares recibieron de sus vencedores el nombre de «canarios». Vestidos de piel de macho cabrío habitaban en cavernas entre rocas y se nutrían de carne de machos cabríos, de perros y de leche de cabra. Con leche y harina de cebada componían una especie de pan llamado «goffia», que está todavía en uso entre sus descendientes.

Los autores de la antigüedad hablaron ya de estas Islas a las que llamaron «Afortunadas». El propio Tolomeo llama a una de estas Islas formalmente «Canaria». Los árabes que reemplazaron a los romanos en Africa, llamaron a las Canarias: Al-jazayt-Al-Khaledat, es decir, «Islas Afortunadas».

En cuanto a las costumbres de los aborígenes, éstas se nos describen por los viajeros de este tiempo como muy bárbaras. Según estos viajeros, los hombres toman cuantas mujeres desean. Amamantan a sus hijos directamente con las cabras. Todos sus bienes están en comunidad. Desconocen el uso del fuego y cultivan la tierra con cuernos de buey.

Miraban con horror la efusión de sangre. A este respecto, la Harpe hace una observación sumamente acertada y moderna. «Observemos —señala— que los viajeros consideran el horror de la sangre entre las características de barbarie, como si esta feliz ignorancia de las artes de destrucción no fuese el más dulce atributo de la Humanidad».

En cuanto a las creencias religiosas, La Harpe señala que tenían una cierta idea de una vida futura después de la muerte. Cada comunidad tenía siempre dos soberanos: uno vivo y otro muerto. Cuando moría su soberano, lavaban su cuerpo con mucho cuidado, le colocaban en el fondo de una caverna y ponían en su mano una especie de cetro, con dos vasijas a sus lados: una de leche y otra de vino, como una provisión para su largo viaje. Cada región tenía su culto especial. Así, por ejemplo, en la isla de Tenerife se contaban nueve clases de idolatría; unos adoraban al sol, otros a la luna, otros a los planetas, etc.

La Harpe se detiene sobre una práctica religiosa sumamente bárbara. A cada cambio de soberano ciertos jóvenes se ofrecían para ser sacrificados. Se celebraba una gran fiesta, al término de la cual los que querían dar al nuevo señor una prueba de afecto, eran conducidos a la cima de una roca. Allí se pronunciaban misteriosas palabras, acompañadas de diversas ceremonias, al fin de las cuales, las víctimas se precipitaban ellas mismas al abismo. El nuevo soberano recompensaba a las familias de los así sacrificados con premios materiales y honores.

Aquí también La Harpe comenta filosóficamente estos sacrificios: «Aun en los pueblos más salvajes, la entrega acaricia el orgullo, y la sangre resulta grata a la tiranía».





La Harpe se refiere a una antigua tribu, entre los guanches, que poseía el arte de embalsamar los cuerpos, que lo guardaba como un misterio sagrado y que jamás lo comunicaba al público. Era la tribu de la que procedía el sacerdocio el cual jamás se mezclaba por matrimonio con las otras tribus. Después de la conquista española —dice La Harpe— casi todos los componentes de esta tribu perecieron a manos de los españoles y su secreto con ellos. Sin embargo la tradición ha conservado algunos de los secretos de este arte de embalsamar, que La Harpe nos transmite con todo detalle, al mismo tiempo que reconoce que, «como los antiguos navegantes conocían las Canarias, se puede conjeturar que este arte de embalsamar los cuerpos fue transmitido a los guanches por los egipcios».

La Harpe cita al viajero Chevalier Scory quien nos dice que «los antiguos guanches tenían un oficial público para cada sexo con el título de ‘embalsamador’». Añade que, a su paso por Tenerife, había visto varios de estos cuerpos así embalsamados desde hace más de dos mil años. Cita también al viajero Purchass quien asegura haber visto en Londres dos de estas momias.

La Harpe se refiere a la costumbre (ya antes señalada) de la *poligamia*. Si bien ésta era una costumbre generalizada, el soberano tenía los primeros derechos sobre la virginidad de todas las mujeres, las cuales se consideraban muy honradas cuando él quería hacer uso de tales derechos. Aquí también La Harpe nos brinda su comentario filosófico: «Se ve que en todas partes la voluptuosidad forma parte de las usurpaciones del más grosero despotismo».

Los aborígenes (a quienes los españoles dieron el nombre de «Guanches»), eran, a juicio de La Harpe, una raza robusta y de elevada estatura. Eran vivos, ágiles, naturalmente guerreros. Hablaban poco pero muy a prisa. Eran grandes comedores, hasta el punto de que cada uno comía a veces en una sola comida veinte conejos y un cabrito. Según la relación del Dr. Sprat quedan aún en la isla de Tenerife algunos descendientes de esta antigua raza que sólo se alimentan de cebada machacada, con la que, con leche y miel, hacen una pasta. Son tan ágiles y ligeros que descienden de lo alto de las montañas saltando entre rocas. El Chevalier Richard Hawkins afirma que los ha visto subir y bajar así por escarpadas montañas, cuya sola vista le causaba horror.

El viajero Sprat nos cuenta la historia de 28 prisioneros que el Gobierno español había encerrado en un castillo de inmensa altura y



de donde los guanches se escaparon a través de precipicios con una increíble agilidad.

Añade Sprat que tienen una manera de silbar que se hacen oír hasta una distancia de cinco millas. Asegura que, habiendo silbado un guanche cerca de su oreja, tardó más de quince días en poder oír perfectamente.

Los viajeros Sprat y Cada-Mosto nos cuentan también que los Guanches utilizan piedras en sus combates que lanzan con tanta precisión que están siempre seguros de dar en el blanco, y con tanta fuerza que, con un pequeño número de golpes, llegan a romper un escudo por muy alejado que se encuentre.

Aquí también La Harpe, imbuido de la filosofía de la época, muy al estilo de Rousseau, nos dice:

«Así los pueblos salvajes, colaborando con la energía de los órganos naturales, han llegado a veces a superar las invenciones de nuestra industria, y el hombre de la sociedad, a pesar de todas sus ventajas artificiales, es a veces pequeño ante el hombre de la naturaleza».

(Consideramos sumamente interesante esta observación de La Harpe sobre «el guanche-buen salvaje»).

Por lo que se refiere a *los productos* de estas Islas, La Harpe señala que los españoles no encontraron ni vino ni trigo a su llegada. En cuanto a los alimentos, la producción más importante era la de quesos. Inmediatamente los españoles plantaron viñas y toda clase de granos.

Cuando Sir Richard Hawkins viajó allá, en 1593, encontró vino y trigo.

Todas las relaciones de viajes coinciden en presentarnos las Islas Canarias como una fuente fecunda de toda clase de productos.

El viajero Linschoten confirma todo cuanto se ha dicho sobre la fertilidad de las Canarias. Añade que no hay granos que no produzcan con la misma abundancia. Entre las bestias se cuentan los camellos.

Le Maire señala también la fecundidad de estas Islas en todo lo que es agradable y necesario a la vida. Sin embargo, hace una salvedad: el agua, que encuentra de mediocre calidad. De esta opinión, dice, son los habitantes, pues se consideran obligados a purificarla filtrándola a través de ciertas piedras.

Refiriéndose concretamente a Gran Canaria, La Harpe señala: «El aire es templado y no se conoce jamás exceso de frío o de calor.



Se recogen dos cosechas de *trigo* al año, una en febrero y otra en mayo. Este trigo es de excelente calidad y da un pan blanco como la nieve».

En cuanto al *azúcar*, La Harpe cita al viajero Nicols quien señala la existencia de doce manufacturas de azúcar, llamadas «ingenios», las cuales, por la multitud de sus obreros, parecían pequeñas ciudades. Con todo detalle nos expone el método de producción del azúcar. Si bien La Harpe señala que tal producción ha disminuido al ser sustituida por la viña.

Tras plantar los españoles la vid, Tenerife produce excelentes vinos conocidos bajo los nombres de «Canarie», «Malvoise» y «Verdona».

El viajero Beckman observa que las viñas de Canarias han sido transplantadas del Rhin a Tenerife, bajo el reinado de Carlos V. Los viajeros Dampierre, Le Maire y Duret consideran superior el vino «Malvoise» de Tenerife al de los demás países del mundo. El viajero Dampierre se refiere especialmente al vino «Verdona» (o «vino verde»), más fuerte y áspero que el «Canarie». Este vino es muy estimado en las Indias Occidentales donde se suaviza tras el transporte. Robert pretende que el vino de Canarias es el mejor del mundo.

Nada falta en Tenerife en cuanto a riquezas. El viajero Robert nos señala hasta la existencia de una mina de oro en la punta de Negos. La Harpe se extiende sobre la excelencia de toda clase de flores, árboles y frutos y muy especialmente sobre el árbol llamado «dragón» y su «sangre de draco». El grosor de los árboles es tal que —según La Harpe— los españoles llegan a afirmar que toda la madera utilizada para el artesonado de la Iglesia de los Remedios de La Laguna, procede de un solo árbol. Linschoten confirma todo lo relativo a la fecundidad de Canarias. No hay grano que no produzca.

La isla de Hierro no tiene más que una viña, plantada por un inglés de Taunton, llamado Jean Hill. No posee más agua dulce que la que se obtiene de la lluvia a favor de un gran árbol que se encuentra en el centro de la isla. El agua que destilan las hojas cae continuamente en dos grandes cisternas al pie del árbol y es suficiente para cubrir las necesidades de hombres y bestias. El viajero Jakson cuenta que, estando en Hierro en 1618, vio este árbol con sus propios ojos. Según este viajero, el agua así obtenida cubría las necesidades de ocho mil almas y cien mil bestias entonces existentes. El



viajero Le Maire pretende que este árbol no es tan maravilloso; que hay muchos que dan también agua pero en menor cantidad. Nos podemos preguntar qué hacían los insulares antes del nacimiento de este árbol y qué harían si este árbol llegase a desaparecer. A este respecto, el viajero Linschoten nos dice que existe agua en muchos lugares vecinos a la costa pero que es difícil sacarla.

Al «Teyde» (o «Teythe») llamado comúnmente el «Pico de Tenerife», dedica La Harpe buena parte de su artículo, «ante la seguridad de que el lector encontrará agradable tener reunido en un artículo las relaciones de los viajeros modernos sobre este tema».

Comienza diciendo que el «Pico de Tenerife» es la más alta montaña del Universo. El viajero Linschoten asegura que se la ve en el mar desde sesenta millas de distancia. A esta relación de Linschoten une La Harpe las de Beckman y Atkins.

En la época en que La Harpe escribía, 1780, el volcán se encontraba, a decir de La Harpe, en cierta, aunque no peligrosa, actividad, pues permitía la subida hasta la cima. La Harpe señala que «la llama del volcán se lanza con más fuerza en verano».

La Harpe nos narra las peripecias de una ascensión de mercaderes ingleses en 1652, y de otra iniciada el 13 de agosto de 1715 por el viajero Edens, acompañado de cuatro ingleses y un holandés. En su relación, Edens observa que es un error pensar, con los autores de algunas relaciones, que es difícil la respiración en la cumbre del pico; él asegura que respiró tan bien como en la base. Al descender, cuatro millas abajo, descubrieron una cueva llena de esqueletos y de huesos humanos. Vieron algunos de tal magnitud que los tuvieron por huesos de gigantes. Pero no pudieron saber de dónde venían tantos cadáveres ni cuál era la extensión de la cueva.

Finalmente La Harpe nos cuenta lo ocurrido a un médico que había prestado considerables servicios a los insulares y éstos, en compensación, le permitieron visitar las cuevas sepulcrales de los guanches. Allí se encuentran los cuerpos cosidos en pieles de cabra. Lo que causa admiración es que todos los cuerpos se encuentran casi enteros. Se observan bien los ojos cerrados, las orejas, la nariz, los dientes, la barba. La Harpe ilustra su narración con un precioso grabado titulado «Caves Spulchrales des Guanches».



Fuentes de la relación «Prévost - La Harpe»

Como hemos podido apreciar, muchas y muy variadas son las fuentes en que se inspiran tanto Prévost como La Harpe en las que encontraron los fundamentos para su Relación; pues ni el uno ni el otro viajaron a las Islas Canarias; en cambio, los autores que citan como fuentes sí que viajaron.

Habría que investigar no poco sobre los datos que estos autores que viajaron a las Canarias brindaron a Prévost y a La Harpe. Creemos que se nos ofrece aquí un campo de investigación muy rico, concretamente en lo que a Canarias se refiere.

Voy a limitarme, por hoy, a tres de estas fuentes: *Le Maire*, *Cada-Mosto* y *Linschoten*.

I. *Le Maire*

Le Maire fue un viajero francés que vivió en el siglo XVII. Era cirujano en el «Hotel-Dieu» de París cuando decidió embarcarse en Brest, el 9 de abril de 1682, con Dancourt, Director General de la «Compagnie d'Afrique». Desembarcó en Tenerife, se detuvo algún tiempo en Cabo Verde y finalmente pasó a Senegal. En todos estos países hizo una serie de observaciones que fueron publicadas bajo el título:

«Les Voyages de sieur Lemaire aux Isles Canaries, Cap Vert, Senegal et Gambie, sous M. Dancourt, directeur général de la Compagnie roiale d'Afrique», París (Jacques Collombat) 1695; in-12, con grabados. Es un libro interesante y poco conocido.

II. *Cada-Mosto* (o *Cadamosto*)

Hasta que el Signor A. da Mosto publicó los resultados de sus investigaciones en los Archivos de Venecia [en «Archivio Veneto», II (1927)], poco se conocía sobre la vida de Cadamosto (salvo lo que él mismo nos cuenta en su Relación).

Cadamosto era natural de Venecia. El 22 de marzo de 1455 embarcó en una carabela perteneciente a Vincente Dias. Después de una breve estancia en Madera, continuó hasta las Islas Canarias y visitó Gomera y Hierro.

La Relación hecha por el propio Cadamosto de este viaje y de un segundo apareció en la Colección «Paesi novamente retrovati», publicada en Venecia en 1507.

La popularidad de la obra «Paesi...», que contenía, además de la Relación de Cadamosto, la de los viajes de Colón y Cabral, fue inmediata. Muy pronto se tradujo al latín, al alemán y al francés.

La descripción que hace Cadamosto en su Relación de las Islas Canarias es una de las más antiguas (habiendo sido precedida solamente por la «Crónica del Descubrimiento y Conquista» de Azurara).

Existe una moderna traducción inglesa.

III. *Linschoten*

Jan H. van Linschoten nació en 1563 (aproximadamente) en Haarlem (provincia de Utrecht).

Por él sabemos que dos de sus hermanos antes de 1576 se habían trasladado a Sevilla (España) para hacer negocios. Allá fue después Jan a los 16 años de edad para unirse a sus hermanos.

Uno de éstos le facilitó un puesto en el séquito del recién nombrado Arzobispo de Goa, Vicente de Fonseca. Después de una estancia en Goa de cinco años, Jan regresó a la Península (Portugal).

Un nuevo viaje le llevó a Santa Helena, donde encontró a Gerrit van Afuysen, natural de Amberes, a quien había conocido en Lisboa. Este le brindó mucha y muy valiosa información que posteriormente utilizó Jan.

Fruto de los viajes de Jan fue su «Itinerario», publicado a comienzos de 1596, en el que nos brinda los datos sobre Canarias, después utilizados por La-Harpe.

La más moderna y científica edición es la de A. C. Brunell y P. A. Tiele, publicada en Londres en 1885.





NOTAS

1. *Antoine-François Prévost D'Exiles*, novelista francés, nació el 1.º de abril de 1697 en Hesdin (Artois) y murió el 23 de noviembre de 1763. Era el segundo de los cinco hijos de un procurador de Hesdin. Cursó la primera enseñanza en el colegio de los Jesuitas de esta ciudad. Estudió Retórica en París y cediendo a una vocación mal comprendida, se preparó para ingresar en la Compañía de Jesús y hasta ingresó en el noviciado. Una súbita resolución le hizo cambiar el hábito de novicio por el uniforme de militar voluntario. Después de mil peripecias, al ser engañado por su amante, de la que estaba locamente enamorado, buscó refugio en el Claustro de un Convento de Benedictinos, donde, después de un año de noviciado, pronunció sus votos y fue ordenado sacerdote por el Obispo de Amiens. Pero Prévost no tardó en volver a las andadas: una nueva amante, ruptura de votos y refugio en Inglaterra (1733) adonde su amante le siguió. Pronto cedió a su vivo deseo de regresar a su patria. Gracias al apoyo del Príncipe de Conti y del Cardenal de Bissy le fue permitido, ya en Francia, como él deseaba, llevar el hábito eclesiástico secular (1734). El Príncipe le nombró además capellán de su Casa.

Arrepentido de las faltas de su juventud y reprochándose el olvido de sus primeros votos, se retiró a Saint-Firmin para consagrar su vejez a la defensa de las verdades de la religión. Una muerte trágica segó su vida.

Prévost se ha hecho mundialmente famoso por su novela «Manon Lescot».

2. La «*Histoire Générale des Voyages*», comenzó a publicarse en París (Didot) en 1745 y terminó en 1770. En total, esta primera edición consta de 21 volúmenes, in 4.º (comprendidos índices, mapas y grabados, a profusión y de una calidad excelente). Prévost es autor de los tomos I-XVI de esta vasta colección que fue continuada por Deleyres, Meusnier de Querlon y De Surgy. Dubois y otros la reimprimieron con adiciones notables en La Haya, 1747-1780 (25 volúmenes in 4º).

3. El «*Abregé*» de La Harpe profusamente traducido a los idiomas europeos, pudo haberlo sido también al español. El impresor español Mariano de Santarén y Fernández, tenía preparada ya la traducción para ser enviada a la imprenta en Valladolid, en 1831 (23 volúmenes in 8º); pero el Censor gubernamental negó el permiso de impresión. (V. A. González Palencia: «*Estudio histórico sobre la censura gubernativa en España*», (1941), pp. CLXXXII y s.).

Jean François de La Harpe, célebre crítico francés, nació en París el 20 de Noviembre de 1739 y murió en la misma ciudad el 11 de febrero de 1803. Se dice que nació de padres desconocidos y que fue recogido por las Hermanas de la Caridad en la calle de La Harpe, de donde tomó su apellido. Posteriormente M. Ravenel investigando en los Archivos del Ayuntamiento de París ha demostrado la legitimidad de su nacimiento.

Lo que sí es cierto es que pasó su niñez en extrema pobreza. Ingresó como becario en el Colegio de Harcourt, donde hizo brillantes estudios y obtuvo el Premio de Honor.

En noviembre de 1763 publicó su tragedia «Warwick» que fue un verdadero éxito. En cambio las tres tragedias siguientes fueron un rotundo fracaso, lo que le llevó casi a la extrema miseria. Descorazonado, buscó refugio, con su esposa, en Ferney, donde el Patriarca Voltaire le acogió en su casa paternalmente. Representó en el Castillo de Voltaire las tragedias de éste y a veces se permitió corregir sus versos, cosa que Voltaire aceptaba de buen grado. Ayudó también a Voltaire en la redacción de sus obras. En febrero de 1768 regresó a París y comenzó a darse a conocer como crítico en el «Mercur».

Su drama «Mélanie» le abrió las puertas de l'Académie Française.

Entre las obras de La Harpe que han sobrevivido está su «Cours de Littérature» y el «Abregé de l'Histoire Générale des Voyages».

